VIGÉSIMO OCTAVO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Muchos hijos adultos aprender a presentarse en nuevos espacios, primero averiguando sobre lo que se puede esperar de ellos. Estamos atentos a lo que ocurre a nuestro alrededor y, en consecuencia, hacemos ajustes, esperando convertirnos en el tipo de persona que será aceptada. Ese instinto puede seguir con nosotros durante la recuperación e incluso dentro de nuestra relación con Dios. Podemos asumir que el sentido de pertenencia aún debe ganarse.

El Evangelio del domingo presenta un cuadro muy diferente (Mateo 22:1–14). Un rey preparó un banquete de bodas para su hijo, pero los que fueron invitados primero se rehúsan a ir. Entonces, el rey envió a sus criados a los cruces de los caminos para reunir *"a todos los que encontraron, malos y buenos"* hasta que la sala del banquete se llenó (Mateo 22:10). Las personas que llegaron son recibidas, no por haber demostrado primero su valor. Están allí porque fueron invitadas.

Para los hijos adultos, esa imagen puede cuestionar una vieja creencia. Muchos de nosotros aprendimos que la aceptación dependía de lo bien que nos adaptáramos a las personas que nos rodeaban. Descubrimos formas de ser útiles o de ser aceptados, porque el sentido de pertenencia nos parecía incierto. La recuperación empieza a soltar ese patrón al ayudarnos a pertenecer sin tener que actuar para ello.

Jesús no termina la parábola ahí. Un invitado llega vestido sin traje de fiesta, lo que coloca otra verdad en esto. La gracia nos acoge tal y como somos, pero también nos llama al cambio. Ser aceptado no significa seguir viviendo según los viejos roles que nos mantenían a salvo en un hogar disfuncional.

El cambio puede resultar desconcertante porque los patrones familiares se practican intensamente. Puede ser que sepamos que un límite es sano, pero aun así sentirnos culpables después de ponerlo. Puede ser que hablemos con honestidad, para después preocuparnos de haber dañado la relación. La recuperación nos da un lugar para practicar nuevas reacciones sin ver cada sentimiento incómodo como una prueba de que hemos hecho algo mal.

Aquí es donde el simplemente estar presente tarde o temprano se convierte en un trabajo más constante. Empezamos a darnos cuenta de lo rápido que nos olvidamos de nosotros mismos cuando alguien se siente decepcionado. Aprendemos que la cercanía no requiere un acuerdo y que la emoción de otra persona no tiene por qué convertirse en nuestra responsabilidad. Cooperar con la gracia va cambiando poco a poco la forma en que nos relacionamos.

En la segunda lectura, San Pablo presenta otra perspectiva valiosa. Dice: *"Yo sé lo que es vivir en pobreza y también lo que es tener de sobra"* (Filipenses 4:12). Luego añade: *"Todo lo puedo unir a aquel que me da fuerza"* (Filipenses 4:13). Pablo ha aprendido a mantenerse firme en Cristo, incluso cuando las circunstancias cambian.

Muchas veces, los hijos adultos saben cómo funcionar en una crisis. Estar en calma puede resultar algo desconocido. Cuando la vida es más estable, podemos generar nuevas preocupaciones o volver a viejos roles, porque el estar siempre vigilantes nos ayudó a sentirnos preparados para cualquier cosa. Pablo muestra una clase diferente de seguridad: la capacidad de permanecer arraigado en Cristo sin necesidad de que el entorno que nos rodea tenga que ser predecible.

El Salmo 23 refuerza esta invitación: *"Tú mismo me preparas la mesa"* (Salmo 23:5). Hay un lugar para nosotros en la mesa de Dios, y que no depende de lo bueno que sea nuestro desempeño. Estamos invitados a recibir cuidado en lugar de siempre ser quienes lo proporcionen.

Dios no nos pide que ganemos nuestro lugar antes de acercarnos. Nos recibe y luego nos enseña pacientemente cómo vivir como personas amadas por Él. La recuperación de HAHD se mantiene mientras dejamos que esa verdad remodele nuestras relaciones y nuestro sentido de identidad. Ya podemos dejar de organizar nuestras vidas en torno al temor de perder nuestro lugar, y mejor empezar a vivir desde la seguridad de saber que, en Cristo, nuestro lugar ya ha sido otorgado libremente por Dios.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En dónde sientes todavía la presión de ganarte un lugar, adaptándote a lo que otros quieren o necesitan?
- ¿Qué te ha ayudado a aceptar que perteneces y eres cuidado, sin sentir que tienes que ganártelo primero?
- ¿Cómo cambiarían tus relaciones si confiaras más plenamente en que no tienes que ganar tu lugar con Dios?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 25:6–10a
SAL. RESP. Salmo 23:1–3a, 3b–4, 5, 6
SEGUNDA LECTURA Filipenses 4:12–14, 19–20
EVANGELIO Mateo 22:1–14

© Catholic in Recovery, *reflexiones de la reunión del domingo 11/10/26*